

# EL HOMBRE DE LA MANCHA

**E**N una entrevista con Anne Bancroft, publicada en las páginas de TRIUNFO, la gran actriz norteamericana me hablaba de los viejos problemas de un Broadway dominado casi siempre por el «musical». Basta enfrentar «Mi fair lady» cuya versión cinematográfica, fidelísima y con el propio Rex Harrison en el reparto, basta para que sepamos a qué atenernos con el original «Pigmallon» de Bernard Shaw para saber lo que se pierde en estas adaptaciones. El trabajo en profundidad se sustituye por un estudio de la espectacularidad; la calidad por la perfección; la humanidad del intérprete por su disciplina y su técnica. Hay una tal acumulación de elementos de orden espectacular: bailes, canciones, variantes coreográficas, divertimentos lumínotécnicos, etc., y es tal el dinero que cuesta poner todo aquello en pie, que el productor no tiene más obsesión que asombrar al público, que ponerle en el trance de «Ir a ver lo nunca visto». A esta escala de costos, la preocupación por las ideas es un lujo. Lo que se impone es sustituir la evasión no siempre fácil de la comedia de boulevard por la huida gloriosa e inevitable, entre música, cantos corales y docenas de bailarinas perfectas. Las tres horas de ausencia están absolutamente garantizadas. Del original — como era el caso de «Pigmallon» — siempre queda algún elemento secundario que apuntala la adaptación... De esto me hablaba Anne Bancroft, actriz formada en el Actor's Studio, y bastante decepcionada en la hora en que Gibson y las obras musicales tranzaban el teatro norteamericano. A pesar de que ella acababa de obtener con «El milagro de Ana Sullivan» uno de los grandes éxitos de su vida profesional.

Luego, el fracaso de algunos espectáculos musicales y la recuperación de Arthur Miller señalo una mejoría teatral, en cuya hora, también, se produjo la incorporación de varios autores nuevos: Albee, Golber, Koppit, y, con menos éxito que sus compañeros, el mejor de todos, Jack Richardson.

Vino entonces, en el mundo del musical, el «boom» de «West side story». Hoy cuando se escucha el disco, sorprende un poco aquel éxito, que debe abonarse, en grandísima medida, a Jerome Robbins, uno de los grandes coreógrafos contemporáneos. «West side story» sería, probablemente, una modesta zarzuela romántica de suburbio si no tuviese en Robbins una apoyatura fundamental. Toda la obra es, a fin de cuentas, un pretexto coreográfico, una vulgarización del ballet moderno, un brillante estudio de líneas y ritmos aplicada a una historia banal, convenientemente enfatizada por el paralelo shakesperiano.

Después, «Golden Boy» ha continuado la tradición que pasa por «Tia Mame» o «Mi fair lady». Sólo que esta vez la estrella no ha sido el equipo — Rosalind Rusell o Rex Harrison abandonaron los repartos de «Tia Mame» o «Mi fair lady» sin que pasase nada — sino Sammy Davis, un «showman» insustituible. Y así hasta llegar a «Story of the Man of La Mancha» (Historia del hombre de La Mancha), título que domina comercialmente en estos momentos todo el teatro de Broadway.

En el nuevo estancamiento del teatro norteamericano — «Incidente en Vichy», de Miller, no fue un éxito; el Living Theater, el mejor de los grupos «off Broadway», está en Europa; de los nuevos, sólo **SIGUE**



Richard Kiley, un actor hasta ahora de segunda fila, que hace unos años interpretó en nuestro país, junto a Carmen Sevilla, «Aventura para dos», ha logrado, en el protagonista de doble vertiente de «El hombre de La Mancha», el mayor éxito de su vida profesional.

## EL HOMBRE DE LA MANCHA

Albee, con su «¿Quién le teme a Virginia Woolf?», parece haber llegado a un público amplio— ha surgido, aparte de estrenar las obras que arman más ruido en Europa, incluyendo «El vicario» o el «Marat-Sade», un nuevo y ambicioso «musical» capaz de llenar la sala durante meses y meses.

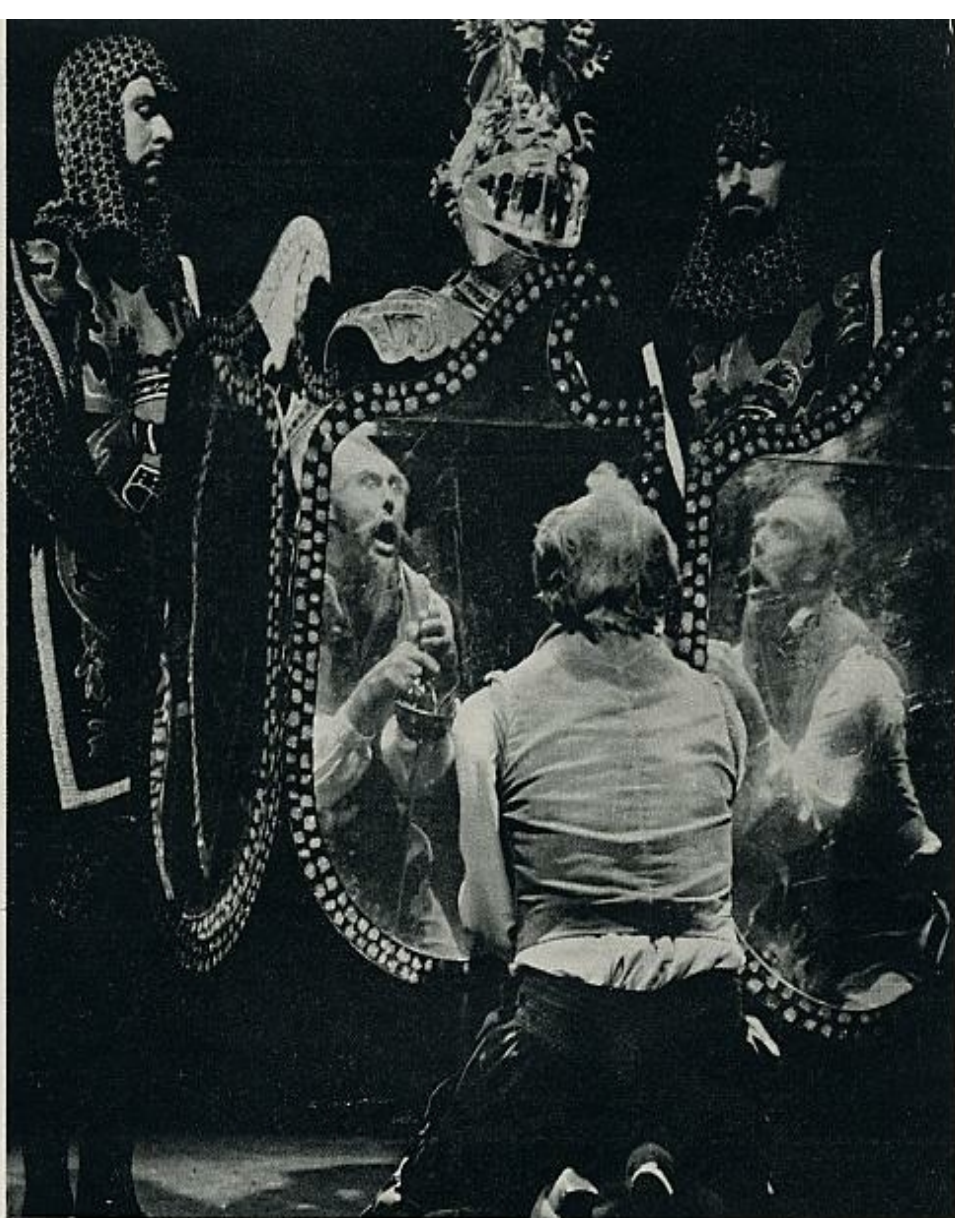
Esta vez la noticia tiene un doble interés para nosotros. Primero, porque se trata, nada menos, que de «La historia del hombre de La Mancha». Y segundo, porque aunque apenas se han montado aquí —Tamayo se atrevió en un par de ocasiones; después, en tono menor, Osuna y Morera— verdaderos «musicals», éste subirá, probablemente, a un escenario madrileño bajo la dirección de José Osuna. Inútil anticiparle los problemas con que va a tropezar en un medio que carece de elementos profesionales adecuadamente formados para el género. Si los montajes elementales de Closas —que ha hecho ya dos comedias musicales— parecen señalar, por su éxito, lo contrario, bastaría recordar la catástrofe de «Irma la Dulce». Aparte de que, en cualquier caso, nunca es igual el «musical» europeo, más individualista, más confiado al actor, más cerca de la comedia, que el norteamericano, más próximo a la gran revista y apoyado en muchos factores y detalles. Yo recuerdo cuando Renato Rascel dirigió e interpretó en Londres una de sus obras, precedida de un gran triunfo en Italia. Falló rotundamente porque a los disciplinados actores ingleses les faltaba, sin duda, la malicia individual necesaria. A los actores y, claro, también, al público.

Las obras latinas con intérpretes anglosajones, o viceversa, en el caso de ser musicales, suele resultar muy peligroso, porque los apoyos y los públicos son distintos. Vamos a ver qué sucede en España con «El hombre de La Mancha».

### no es el quijote

Esto es lo primero que el autor del libro, Dale Wasserman, repite a menudo. No se trata de ninguna adaptación de «Don Quijote», sino de un estudio de Cervantes y su tiempo a través de una identificación espiritual entre el escritor y su inmortal personaje. El protagonista es, pues, Cervantes, preso en Argel y obligado a representar su vida. Don Quijote es el otro yo del escritor, que convoca también —en una mezcla de fantasía y realidad— a una serie de personajes de la novela: Aldonza del Toboso es prácticamente su pareja; Sancho, el cura, el barbero, forman también parte de un reparto al que no deja de asomar una sospechosa «slavey dancer» y un guitarrista con cara de soldado de Flandes. Al final, Miquel de Cervantes obtiene, gracias a la improvisada representación, la libertad.

Con Wasserman, autor del libro, colaboran decisivamente: Mitch Leigh, Joe Darion, Howard Bay, Albert Matre, Patton Campbell y Jack Cole. Aparte está Richard Kiley, que obtiene en el «Cervantes-Quijote» el mayor éxito de toda su carrera.



El decorado de la comedia de Dale Wasserman, con música de Mitch Leigh y cantables de Joe Darion, es voluntariamente barroco en los accesorios que lo componen. Los trajes son de Howard Bay y Patton Campbell.



El escenario circular del Anta, tal como aparece en el momento de comenzar la representación.



## la prensa

Inicialmente era escéptica. Cosa peligrosísima, porque en Nueva York la publicidad es tan cara que ninguna empresa puede plantearse el contrarrestar con ella los juicios adversos. Si las cosas van bien, si el teatro se llena, si están vendidas las localidades con varios meses de anticipación, entonces sí, entonces los productores se atreven a aumentar el fortísimo capital invertido, sólo amortizable tras una larga temporada de éxito. En el caso de «Story of the Man of La Mancha» ya dijo que casi nadie esperaba el éxito. Un tema del siglo XVI español prometía caer en el aburrido arqueologismo o en la pandereta, en la fidelidad histórica o en la caricatura.

Sin embargo, ahora todo el mundo está contento, y hasta hay quien dice que el espectáculo prueba una vez más, «pese a lo que digan en Europa», que Nueva York es la capital moderna del arte. Se exhumaron grabados de Cervantes y de los capítulos del Quijote. En el programa, que presenta Brooks Atkinson —uno de los «monstruos sagrados» de la crítica norteamericana—, se cita a don Miguel de Unamuno y su «Vida de Don Quijote y Sancho»; todos, desde el autor al coreógrafo, se esfuerzan en probar su sentido de responsabilidad, en mostrar las bases históricas, los datos descubiertos, que están detrás de su trabajo.

En este aspecto, el programa es revela-

dor de las pretensiones del «musical» moderno americano, bien distinto del que tipificó un día un Ziegfeld. Desde el grabado de Gustavo Doré en la portada hasta otro de Carl Rose en la contraportada, transpira un espíritu erudito, una seriedad, que prueban que la obra ha entrado por el camino —tantas veces seguido con éxito comercial por los productores de Hollywood— de las alianzas entre el Arte —con mayúscula— y la Diversión, la Historia y la Espectacularidad, la Vida y la Comedia Musical. Los ridículos resultados a que tantas veces se ha llegado —¿por qué no recordar a Cecil B. de Mille?— con estos o parecidos criterios no es una razón para rechazar sistemáticamente a «El hombre de La Mancha». Esperemos entonces si José Osuna intenta repetir en lo posible lo que ha visto en Nueva York o si, desde su perspectiva personal y aun española, somete la obra a nuevas interpretaciones.

## el éxito

En el teatro Anta, de mediana cabida, se estrenó la obra el 22 de noviembre último. El teatro, de viejo prestigio, en el centro de Greenwich Village, tiene un escenario circular, situado —como en la arquitectura clásica— en el plano más bajo de la sala. Se presta, por sus peculiaridades, a un tipo de espectáculo «diferenciado», a una co-

reografía y a una iluminación ordenadas de modo distinto a la referencia frontal.

El triunfo, superado el escepticismo inicial, ha sido total. De un lado, innumerables premios de la crítica. Del otro, la compensación comercial de una media semanal de tres millones de pesetas y un puesto destacado de su tema musical en el «Hit-Parade», con todo lo que ello supone en el mercado del disco. Aparte, entradas vendidas con anticipación para ¡seis meses!

Millares de fotografías, distribuidas por toda la gran prensa del mundo, certifican que la maquinaria de Broadway se ha puesto al servicio de la perfección. Cada personaje es el resultado de un largo estudio en grabados y referencias sobre el siglo XVI español. Falta sólo saber, como un día nos decía Anne Bancroft, la discípula de Kazán y Lee Strasberg, si esta perfección ha sustituido a la calidad, si el asombro ocupa el lugar de la comunicación de ideas y emociones y, en última instancia, qué relación existe entre este éxito y la turbulenta vida norteamericana de nuestros días.

Son preguntas, me parece, fundamentales. Porque, a fin de cuentas, Nueva York ya no está en la historia con la atmósfera que evoca el magnífico «Cantando bajo la lluvia», de Gene Kelly y Stanley Donen.

J. M.

Fotografías: MOVING-NEW YORK  
Información: J. L. San Román  
y E. B. Draper